

Los anuncios del 18 de marzo

Una Fecha Para

27 de Marzo - 80

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

El 18 de marzo de este año será largamente recordado. No alcanzará, de cierto, la magnitud histórica del de hace 42 años, pero no dejará de ser recordado permanentemente. Así será por la naturaleza del acto político acontecido entonces, y por el contenido del propio acto.

Ese día, el presidente de la República actuó como tal, es decir, como cabeza de un conglomerado de personas a las que les interesan asuntos comunes. Ese día, López Portillo dio respuestas a inquietudes nacionales repetidamente expresadas en los medios de difusión. Estamos tan hechos a que el gobierno se niegue a reconocer la capacidad ciudadana para la exigencia y para la discusión, que es bueno advertir cuándo se procede en sentido contrario.

El monto de la producción petrolera, la inserción de México en el GATT y el plan alimentario eran cuestiones sobre las que la opinión pública del sector participante había venido manifestándose desde meses atrás. Ciertamente es que el presidente tiene la oportunidad anual de ventilar asuntos como éstos, cuando presente ante el Congreso de la Unión el informe sobre la marcha de la administración que encabeza. Pero ese acto se ha ido llenando de ritualismos y solemnidades que no le confieren ya un carácter republicano propiamente hablando. Se hacía necesario, y el presidente mostró gran sensibilidad al apreciarlo así, formular pronunciamientos específicos, fue de los marcos de la rigidez institucional. Empleó para ello el marco de la ceremonia conmemorativa de la expropiación petrolera, celebrada esta vez en Guadalajara, y aunque se enmarcó su intervención en la ufanía del director general de Pemex, y el pintoresquismo del dirigente petrolero, "Chava" Barragán como lo llamó el presidente, éste pudo conferir a sus palabras el carácter de una verdadera "charla junto a la chimenea", como era conveniente hacerlo.

Es útil resaltar el valor político de que el presidente haga conocer su conciencia de que tiene delante de sí a los ciudadanos como interlocutores válidos. Con mucha frecuencia se da la apariencia contraria. Esta vez no ha sido así y es preciso hacerlo notar. No es necesario que caigamos de rodillas agradecidos porque el presidente de la República se comporta como tal. Pero hemos llegado a tal punto que importa subrayar cómo el Ejecutivo, pudiendo adoptar impunemente otra conducta, porque no habría modo de hacerlo variar, ha elegido esta vez el afrontamiento público de las cuestiones, y la respuesta igualmente pública a inquietudes nacionales.

El dato más sobresaliente de su intervención de la semana pasada es el rechazo a ingresar en el GATT. Si para que México entrara en el Acuerdo General de Aranceles y Comercio se habían venido ejerciendo presiones, sobre todo de parte norteamericana, como es lógico suponerlo, rehusarnos a ingresar es muestra de soberanía que no podemos dejar de aplaudir. Aun si no fuera así, en la decisión se advierten signos saludables que también es pertinente resaltar.

Téngase en cuenta que la disposición de ánimo del presidente era manifiestamente favorable al ingreso. Bastaría recordar que como secretario de Hacienda acudió en 1973 a las negociaciones de la Ronda de Tokio, que constituyó el primer acercamiento formal de México al GATT. Tan seguro de sí mismo como es el presidente, le habrá costado trabajo reconocer que una promoción patrocinada por él finalmente no tendría las ventajas que inicialmente habría visto. Por otro lado, debe considerarse también que el gobierno resolvió poner a consulta nacional la decisión de entrar o no en el GATT. En su oportunidad dijimos que si bien no era posible una amplia participación pública en esta cuestión, dada la índole de la materia, era posible partir en dos los efectos de nuestro ingreso o nuestra abstención: una era la parte técnica, no discutible sobre la base de la simple mayoría de votos, y otra era la cuestión política, en la que sí era posible y deseable que participaran quienes en México tienen posibilidad de hacerlo. Esa consulta nacional se llevó al cabo, principalmente al influjo del Colegio Nacional de Economistas, que en el curso de los acontecimientos ha tenido una presencia que reforzará su papel futuro, a partir de una inequívoca y fundada oposición a nuestra vinculación al GATT.

TAN SOLO ECHAMOS VOLADOS...

IGUAL QUE LOS

POR FAUSTO CASTILLO



No queda de otra. Estamos en una sabrosa encrucijada histórica y para no entrar en las chocantes dificultades de entenderla, vemos el fútbol por la tele, simplemente vemos la tele o nos ponemos al olismo sobre la inflación y comparamos al gobierno con el verso de Díaz Mirón cuando murmuraba contra las injusticias de la tierra y se fijaba en "el cielo impasible y puro; pero para decirlo con la pedantería que nos honra, la encrucijada está allí, como los fantasmas del isabelino: El que no los ve, los siente.

Esto de escamotearle la atención a la encrucijada, como es natural, tiene sus razones. Digamos que una de ellas es la despolitización masiva en que lenta, pero inexorablemente, vino a ser el fruto de nuestro sistema convertido en institución. ¿A pesar del chorro de partidos políticos que tenemos en la actualidad?, preguntará algún ingenuo. Pues tal vez esto lo responda: En el país se vende más de un millón a la semana de revistas pornográficas y de las que enaltecen la nota roja; en cambio un libro que reflexione, digamos sobre la encrucijada, si consigue vender tres mil ejemplares en un año, se considera un éxito editorial. Después de esto, mencionar los otros escapes se antoja irrisoria pérdida de tiempo.

Y nos proponemos seguirlo perdiendo, acercando nuestra diminuta quesadilla de sesos a la encrucijada. Se dice, y los optimistas lo creen, que el imperialismo, herido de muerte, no es ya otra cosa que un gigantesco mastín que le ladra a la luna, que enseña los dientes, pero que no se atreve a morder. Demasado bonito para que nos pongamos el jubiloso luto del entierro próximo. Herido de muerte, o simplemente con un ataque de sarna, el imperialismo tiene tras de sí una hermosa tradición de violencia, de saqueo irrestricto a los pueblos débiles, de refinada maestría para asestar canalladas en cualquier lugar de la tierra donde sienta afectados sus intereses. Y nuestra encrucijada, muy sencilla y muy llana, se condensa en una pregunta: ¿Qué haremos?; es decir, si a los designios imperiales los gana la impaciencia y recurren a cualquiera de sus viejos trucos, para levantarse con todo o buena parte de nuestros "veneros del diablo", ¿qué haremos?.